

Maureen Lee

Un secreto bien guardado

Una madre y una hija separadas por el destino

Traducción:
MÓNICA RUBIO



MAEVA

Título original:

MOTHER OF PEARL

Imagen de cubierta:

© LAMBERT / GETTYIMAGES

Diseño de cubierta:

ROMI SANMARTÍ

Fotografía del autor:

POPPY BERRY

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© MAUREEN LEE, 2008

© de la traducción: MÓNICA RUBIO, 2011

© MAEVA EDICIONES, 2011

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

ISBN: 978-84-15120-28-5

Depósito legal: M-19.266-2011

Fotomecánica: Gráficas 4, S. A.

Impresión y encuadernación: Huertas, S. A.

Impreso en España / Printed in Spain



La madera utilizada para elaborar las páginas de este libro procede de bosques sujetos a un programa de gestión sostenible. Certificado por SGS según N.º: SGS-PEFC/COC-0634.

*Para Richard
Sólo por estar aquí*

1

Abril, 1971

Pearl

Hilda Dooley leía en voz alta el *Daily Mirror*.

—Veo que van a soltar a esa mujer de Liverpool —anunció.

Hubo una larga pausa.

—¿Qué mujer? —preguntó Audrey Steele cuando parecía que nadie iba a decir nada. Audrey era la mayor y la más amable de las profesoras presentes. Y Hilda no le gustaba a nadie.

—Esa tal Amy Patterson. Asesinó a su marido. Lo apuñaló en el corazón, pobre tipo. Ocurrió en 1950. —Hilda exhaló un suspiro de desaprobación—. Antes de casarse, vivía en la calle junto a la nuestra, en Bootle.

—¿De verdad? —Esta vez varias cabezas se alzaron interesadas—. ¿Y dónde?

—En Agate Street. Está junto a Marsh Lane. Yo vivía en Garnet Street, y aún vivo allí —Hilda frunció los labios como si no estuviera precisamente orgullosa de ello—. Tenía unos doce años más que yo. Yo la veía en misa. No recuerdo su nombre de soltera, pero su marido era Barney Patterson. Tenían una hija, que contaba unos cinco años por entonces. No sé qué fue de ella.

—¿Cómo era? La madre, quiero decir.

—Guapa —contestó pensativa. Hilda, una mujer corriente de treinta y tantos años, con dientes de conejo y pelo escaso, no se había casado y vivía con su madre viuda—. Guapísima —le cambió la voz, se endureció—. Personalmente creo que la deberían haber colgado del cuello hasta morir.

—¿Te refieres a que el Estado debería haberla asesinado? —dijo Louisa Sutton, que era miembro de la Campaña por el Desarme

Nuclear y la Amnistía. Siempre se podía confiar en que Louisa defendería la causa liberal.

Aferré mi taza de café con las dos manos, miré por la ventana e hice como que no estaba escuchando, aunque era imposible ignorar la voz penetrante de Hilda. A Barney Patterson no le habían apuñalado en el corazón, sino en la barriga. Lo habían dicho en los periódicos.

Me pregunté cómo habría reaccionado Hilda si hubiera sabido que la hija de Amy Patterson estaba sentada a pocos metros de ella. A los cinco años apenas me di cuenta de que la gente empezó a llamarme por el nombre de soltera de mi madre, Curran, en lugar de Patterson. Y ahora mi madre estaba a punto de salir de la cárcel. El corazón me dio un vuelco al oír la noticia.

—Si aprietas más esa taza, Pearl, la romperás —comentó Nan Winters, que estaba sentada junto a mí—. Me alegro de que no sea mi cuello.

Conseguí sonreír, aflojé la mano alrededor de la taza y traté de pensar en algo gracioso que contestar, pero no pude. Un día normal, a esa hora, las nueve menos veinte, el personal debería estar en sus clases esperando a que la campana sonara y empezara la jornada escolar, no cotilleando en la sala de profesores. Pero ese día llovía demasiado para que los alumnos jugaran fuera, así que los auxiliares de recreo los estaban cuidando en el interior.

Había llovido toda la semana y el tiempo estaba deprimiendo a todo el mundo, sobre todo a los niños. Estaban muy inquietos, todo el día encerrados. Muy pronto, la Escuela Infantil Católica Romana de St Kernigern en Seaforth estaría ocupada por más de doscientos cincuenta jovencitos pletóricos de energía. Todas las ventanas se llenarían de vaho y los suelos se mojarían y se volverían resbaladizos. Los zapatos sonarían mucho, las faldas gotearían y las bolsas de tela barata se empaparían, estropeando los deberes.

Todo era muy deprimente. Las profesoras se resistían a abandonar la confortable sala hasta el último minuto. Pero era viernes, un viernes muy especial. A las tres y cuarto darían comienzo las vacaciones de Pascua. Visualicé el tiempo, que cambiaría drásticamente de la noche a la mañana: el cielo se volvería azul, el sol brillaría y brotarían narcisos por todas partes. Ese pensamiento me habría alegrado considerablemente si no hubiera sido

por las preocupantes noticias que Hilda acababa de leer en voz alta.

Observé cómo los niños entraban corriendo por la puerta, dejando atrás la verja y se dirigían al edificio de la escuela. Sólo unos pocos, niñas sobre todo, hicieron algún intento de esquivar los numerosos charcos, que durante la semana habían ido creciendo cada vez más. Los vestuarios serían un infierno cuando colgaran los abrigos mojados y cambiaran las botas de goma por zapatos. La verdad es que debería estar allí ayudando a los más pequeños.

Gary Finnegan entró de la mano de su madre. Había empezado el colegio en febrero. Llevaba un anorak rojo brillante y botas del mismo color. Los demás niños se burlaban de que, a diferencia de las demás madres que dejaban a sus hijos en la verja, la de Gary lo acompañaba hasta dentro y le daba un beso de despedida delante de la puerta de la clase. No lograba acostumbrarme a lo crueles que pueden ser los niños de cinco años. Empecé a reunir mi material. La primera lección del día era lectura.

Se había entablado una acalorada discusión entre Hilda y Louisa sobre los pros y los contras de la pena capital. Nadie más quiso participar. Había seis profesoras presentes incluyéndome a mí. Todas eran mujeres. El único hombre, Brian Blundy, no había llegado todavía o estaba en otra parte del edificio.

—Amy Patterson está a punto de salir de la cárcel —rabiaba Hilda—. Aquí dice que sólo tiene cuarenta y nueve años. Aún le quedan unos cuantos años por delante. Tiene una hija en alguna parte, pero su pobre marido está muerto. No me parece justo.

—Ha pasado veinte años entre rejas —dijo Louisa tranquilamente. Sabía de lo que estaba hablando. Hilda sólo fanfarroneaba—. Supongo que ha pagado por su crimen. En cualquier caso, este país abolió la pena de muerte en 1965. El Gobierno debió haberse dado cuenta de que era una barbaridad.

Hilda parecía malhumorada. Torció el labio mientras buscaba una respuesta. El teléfono de la sala de profesores sonó y ella alargó la mano para cogerlo. Era una manera de librarse de una discusión que estaba perdiendo. Unos segundos después dejó el auricular y me dijo:

—La señorita Burns quiere verte en su despacho, Pearl.

—¿Ahora?

—Ahora —confirmó Hilda. Cogió una pila de libros y abandonó la habitación. Las demás mujeres se fueron también.

Fui hasta el despacho de la directora en la parte trasera del edificio y llamé a la puerta.

—¡Adelante! —exclamó la señorita Burns.

Suspiré y entré. Sabía por qué quería verme.

—Buenos días, Pearl. Siéntate, querida. —Catherine Burns dejó la pluma y cogió una cajetilla de Marlboro. Sacó un cigarrillo, se lo puso en la boca y lo encendió con un mechero plateado. Le temblaban ligeramente las manos. Otro periódico, *The Guardian*, estaba abierto sobre su escritorio—. Supongo que adivinas por qué te he llamado.

—Sólo puede ser por mi madre. Hilda Dooley estaba hablando de ello en la sala de profesores. Al parecer la noticia está en el *Daily Mirror*. No sabía que la iban a soltar.

—Ni yo. ¿Lo sabe Charlie?

—Lo habría mencionado si lo supiera. Me pregunto si vendrá a vivir con nosotros. Tengo la impresión de que Marion y mi madre no se llevaban bien.

—No se llevaban bien —la señorita Burns negó con la cabeza—. No sería justo para Charlie tener a su hermana y a su mujer bajo el mismo techo. Amy sabe que siempre puede venir a vivir conmigo. Tu madre y yo hemos sido amigas desde que empezamos a ir al colegio a los cinco años. —Apagó el cigarrillo a medio fumar y encendió otro—. Estoy fumando uno tras otro —dijo, disculpándose—. La noticia me ha trastornado, pero no sé por qué. Estoy contenta de que vayan a soltar a Amy. Supongo que esto me ha recordado el horror de aquel momento: el asesinato, el proceso, la sentencia a cadena perpetua.

—Hilda Dooley opina que la deberían haber ahorcado. ¿Sabías que vive en Garnet Street? Conocía a mi madre antes de que se casara.

La señorita Burns pareció sorprendida.

—No, no lo sabía. Mi propia familia vivía no muy lejos —soltó una risita—. Esperemos que Hilda no sume dos y dos. Los Burns no eran precisamente ciudadanos modélicos por entonces. —Costaba creerlo. Catherine Burns, con su elegante traje azul y su recatada blusa, con su pelo castaño grisáceo de corte sencillo y su

cara agradable, desprovista de maquillaje, daba una impresión de aburrida respetabilidad, aunque su manera de fumar chocaba un poco con su imagen.

—¿Qué piensas de todo esto, Pearl? —preguntó—. La noticia debe de haberte impresionado un poco.

—No tengo ni idea de cómo me siento —respondí con sinceridad—. Quizá lo sepa más tarde, cuando me acostumbre a la idea. Ahora lo único que me siento es atontada.

Yo sabía que tenía que pasar algún día. Las personas condenadas a cadena perpetua no solían quedarse en la cárcel hasta morir.

—Lo entiendo, querida —asintió la señorita Burns. Un centímetro de ceniza cayó de su cigarrillo y aterrizó sobre la falda. La sacudió distraída—. Ha sido una prisionera modélica.

—Nunca la he visitado, ¿sabes? —dije—. Ni siquiera supe que estaba en la cárcel hasta que tuve catorce años. Charles y Marion me dijeron que se había ido a Australia cuando murió mi padre. Y dijeron que él había muerto en un accidente de coche.

»Cuando tuve doce años y descubrí que Australia estaba en el mismo planeta —una niña de mi clase y su familia se habían ido a vivir allí— supe que debía de haber algo muy raro para que mi madre no viniera nunca a casa. Pero no pregunté a Charlie ni a Marion sobre ello. Quizá sospechaba que había una buena razón para esconder la verdad y era preferible que no lo supiera.

—Dijo expresamente que no quería que la vieras en la cárcel, Pearl.

Yo no podía entenderlo. Pasaron otros dos años antes de que Charles me dijera la verdad. Me había enseñado una carpeta llena de recortes de periódicos sobre el proceso, la dejó en una estantería bajo las escaleras y me dijo que podía mirarla todas las veces que quisiera. Leí el contenido unas cuantas veces a lo largo de los años. Nunca dejó de horrorizarme. Estaba leyendo acerca de mis padres.

La señorita Burns encendió un tercer cigarrillo.

—Tengo que dejar esto —murmuró—. Será mejor que te vayas, Pearl. No dudes en venir a verme si necesitas hablar con alguien. Llámame a casa si no es en horario escolar.

—Gracias, puede que lo haga —dijo, sabiendo que nunca lo haría. Siempre me había sentido un poco insegura respecto a mi relación con la mujer que era la directora del colegio donde yo enseñaba

y la mejor amiga de mi madre. Cuando yo era pequeña, Cathy Burns había sido prácticamente un miembro de la familia. Me había acunado sobre sus rodillas, me había leído, me había enseñado a jugar a *snap* y a otros juegos de cartas. Los domingos, mientras mi madre hacía la comida, la tía Cathy me llevaba a Sefton Park a ver el valle de las hadas; yo vivía en otra parte de Liverpool entonces. Cuando hablábamos actualmente, yo trataba de encontrar un término medio entre ser demasiado amistosa y no lo suficiente.

Más tarde, aquel mismo día, en mitad del caos de una clase de artesanía, entró la secretaria de la señorita Burns y me entregó una nota en un sobre cerrado. Ponía: «Charlie ha llamado y ha preguntado por ti. Le dije que ya sabías lo de Amy. Dijo que te vería esta noche».

Siempre llegaba la primera a la casa de mis tíos en Aintree, a las afueras de Liverpool. Charles, hermano de mi madre, trabajaba como delineante para la Compañía Eléctrica Inglesa en East Lancashire Road. Marion, su mujer, era secretaria en el mismo lugar. Allí se habían conocido hacía más de treinta años, cuando eran adolescentes. No tuvieron hijos.

En cuanto entré, lo primero que hice fue sacar la carpeta de debajo de las escaleras, sentarme en el suelo y leer todo. Había docenas de fotografías de mi sumamente fotogénica madre e igualmente atractivo padre, a quien decían que me parecía. Pero cuando miré de cerca la foto de la boda de mis padres, en 1939, no pude ver semejanza alguna entre aquel joven moreno y yo. Mis padres sonreían ampliamente, como si todo el asunto fuera una gran broma. Tres meses después de que se tomara la foto, Barney Patterson se había incorporado al Ejército y lo habían destinado a Francia.

«Barney Patterson, treinta y dos años, que pasó casi cinco años de guerra en un campo de prisioneros alemán, fue brutalmente asesinado por su esposa de veintinueve años...» Eso era del *Daily Sketch*.

La mayoría de los periódicos decía lo mismo. Algunos se referían a mi padre como a un «héroe de guerra», otros subrayaban que había sido «cruelmente asesinado». El hecho de que hubiera

sobrevivido a la guerra en Francia y al campo de prisioneros, para morir a manos de su mujer, se repetía más de una vez. Hubo peticiones para que ahorcaran a mi madre. Hubo una a favor y otra en contra. Las discusiones florecían en las secciones de cartas al director entre los que apoyaban y los que se oponían a la pena de muerte.

La acusada se había negado a dar una explicación de por qué había hundido un cuchillo de pan en el vientre de su marido. Su amiga, Catherine Burns, testificó que Barney Patterson acusaba constantemente a su mujer de tener aventuras con otros hombres.

—¿Estuvo alguna vez presente cuando esto ocurría? —había preguntado el fiscal.

—No, pero Amy me lo contó —había respondido la señorita Burns—. Una vez tenía un gran chichón en la frente y supe que se lo había hecho Barney.

—¿Vio a Barney hacerlo? —preguntaron a la testigo.

—Bueno, no. Pero lo sabía.

En lo que se describió como un «sorprendente desarrollo de los hechos», la madre de la víctima subió al estrado y anunció que su nuera había tenido una larga relación con su marido, Leo. Tanto la acusada como Leo Patterson «negaron categóricamente» los cargos. De todos modos la acusación allí quedó, y la idea de que Amy Patterson tuviera una relación con su suegro mientras su joven marido estaba luchando por su país hizo que los sentimientos del tribunal se volvieran en su contra. Hasta entonces, yo tenía la impresión de que habían sido más bien favorables.

El proceso acabó en la Pascua de 1951, casi veinte años antes del día en que yo estaba sentada en el suelo de la casa de mi tío leyendo sobre él. Amy Patterson fue sentenciada a cadena perpetua. La madre de la víctima dijo que pensaba que su nuera había salido demasiado bien parada. «Merecía que la ahorcasen», sentenció la señora Patterson con lágrimas en los ojos, según el *Daily Express*.

Había una foto en el *Evening Standard*, tomada en 1961, de Amy Patterson a los cuarenta años. Mostraba a una mujer anodina, irreconocible, que llevaba una prenda parda que parecía un delantal con mangas.

Lo volví a meter todo en la carpeta y la dejé de nuevo en su sitio bajo las escaleras. No sé por qué, pero sólo lo leía cuando Charles y Marion no estaban.

En la cocina, había una nota de Marion pegada a la nevera en la que decía que encendiera el horno a las cinco menos cuarto: «Hay un guiso de cordero dentro». Mi reloj marcaba las cinco y cuarto. Marion se molestaría. Le gustaba que las cosas se hicieran a tiempo. Decidí decirle que había llegado tarde a casa y ocultarle que había estado leyendo los recortes sobre el proceso de mi madre, para que no se irritara. Marion se enfadaba con mucha facilidad.

Puse la mesa y herví agua para el té; después subí, me quité el jersey verde botella y la falda beis que había llevado a la escuela y me puse mis nuevos pantalones campana y una blusa color crema.

Los pantalones me producían una sensación extraña al chocar contra las piernas, pero quedaban bien cuando examiné el efecto en el espejo. Me sentaban bien. Era alta, muy delgada, y tenía el pelo de mi padre, muy liso y abundante. También había heredado sus ojos castaños, pero tenía la cara más redonda y mis rasgos eran muy diferentes, al menos eso me parecía a mí. La mayoría de la gente pensaba que tenía buen aspecto; no decían que fuera guapa, ni adorable, ni hermosa. Yo no sabía si sentirme halagada o no.

Después iba a ir al cine con mi amiga Trish a ver *Si quieres ser millonario, no malgastes el tiempo trabajando*, protagonizada por Peter Sellers. Sólo íbamos porque Ringo Starr tenía un papel; aún seguíamos locas por los Beatles.

Puse un LP de Simon y Garfunkel —no tenía humor para rock 'n' roll— y me tumbé en la cama con las manos detrás de la cabeza, escuchando *Puente sobre aguas turbulentas*. Trish pronto se marcharía definitivamente de Liverpool. Ian, su novio, volvería en breve de Kuwait y se iría a trabajar a Londres. Al cabo de un mes se casarían y Trish se trasladaría a Londres para vivir con él. Tendría que buscarme una nueva amiga, cosa no muy fácil a los veinticinco años. En cualquier caso, no se me daba bien «encontrar» amigas. Las que había tenido antes habían surgido del modo natural en que surgen normalmente las amigas. Por ejemplo, a Trish la conocí cuando teníamos dieciocho años y aprobamos al mismo tiempo el examen de conducir. Nos fuimos a un *pub* a celebrarlo. Ahora Trish estaba a punto de tener un marido y posiblemente una familia, como mis otras amigas. En cuanto a mí, no tenía intención de casarme. ¡Con lo que les había pasado a mis

padres! Pero ¿deseaba realmente quedarme soltera y sin hijos? Tampoco estaba segura de eso.

La habitación se llenó de pronto de la luz del sol, iluminando el humor lúgubre que amenazaba con invadirme; siempre era así cuando pensaba en el futuro. Había cesado de llover. Me levanté de la cama y me acerqué a mirar por la ventana. Las hojas húmedas y la hierba empapada relucían al sol, tanto que casi me cegaban. Sentí que se me ensanchaba el corazón al verlo. Pronto sería primavera, auténtica primavera, no sólo una fecha en el calendario cuando se consideraba que la estación debía empezar, aunque no hubiera la menor señal de ella. Abrí la ventana y habría jurado que podía oler los capullos que todavía no habían florecido y los brotes que aún no habían aparecido en los árboles.

Abajo, se abrió la puerta principal y Charles gritó:

—¿Estás ahí, cielo?

—Sí.

Corrí escaleras abajo y lo besé. Mi tío parecía cansado, pero últimamente siempre lo parecía. Era un hombre de aspecto agradable con un atractivo ajeño. Muy pronto tendría todo el pelo canoso. Y las arrugas de sus mejillas cada vez eran más profundas. Lo besé de nuevo. Quería a mi tío tanto como si fuera mi padre.

Había habido muchas situaciones desagradables después de que mi madre se fuera. La señora Patterson, mi abuela por parte de padre, insistió en que tenía derecho a educar a la hija de su hijo.

—¡He perdido a mi hijo y ahora estoy a punto de perder a mi única nieta! —había gritado. Yo estaba sentada en las escaleras de esta misma casa escuchando, sabiendo de qué iba la discusión, aterrorizada de que me pudieran mandar a vivir con aquella mujer hermosa, de ojos y carácter ardientes, a quien mi madre había odiado, según Cathy Burns: «y tenía buenas razones para ello, Pearl». Por «ello» supuse que se refería a las cosas que la abuela Patterson había declarado durante el proceso.

Charles había dicho cortésmente que la señora Patterson sería bienvenida cuando quisiera visitar a su nieta, pero que la madre de Pearl había solicitado que fuera educada por él y su mujer; un documento legal lo demostraba. La señora Patterson había amenazado con llevar el asunto a los tribunales y Charles le había

contestado que no tenía nada en que apoyarse. A los cinco años aquella respuesta me había parecido extraña.

Entonces, llamaba a mi madre «mami».

—Mami, ¿puedo beber agua?

—Mami, quiero hacer un dibujo.

Mi madre extendía un periódico sobre la mesa y traía las pinturas, el papel y un tarro con agua para que mojase el pincel.

—¿Qué vas a pintar, cariño? —preguntaba.

—A ti, mami. Te voy a pintar a ti.

Cuando recordaba lo mucho que había querido a mi madre, sentía cómo las lágrimas acudían a mis ojos.

Como había dicho Hilda Dooley aquella mañana, era bonita. Tenía una boquita de piñón, ojos azules, una nariz perfecta y una nube de pelo rubio y rizado. Algunas personas decían que era «tan bonita como una caja de bombones». A mí aquello me parecía halagador, pero hasta que crecí no me di cuenta de que insinuaba que no había profundidad en el aspecto de mi madre, que era superficial. Aun así, todo el mundo la miraba cuando salíamos, sobre todo los hombres, que se volvían y se fijaban en sus piernas. Entonces me intrigaba que los hombres miraran las piernas de una mujer cuando su cara era mucho más bonita y más interesante.

Charles me sostuvo junto a sí un minuto. Dijo:

—Marion no tardará. Recogió ropa de la tintorería a la hora de comer y la está sacando del coche —sonrió—. No se fía de que lo haga yo. Por lo visto, este viejo torpe la arruga. —Me dio un apretón cariñoso—. Hablaremos más tarde de lo que ya sabes.

Marion apareció con dos trajes de invierno sobre el brazo. Era una mujer guapa, con rasgos aristocráticos y pelo negro como ala de cuervo, que se teñía desde que le salió la primera cana. Tenía cincuenta y dos años, la misma edad que Charles. Era raro que sonriera. Aquella noche parecía especialmente molesta, aunque no hubiera muchas razones para ello. La más mínima cosa podía ponerla de mal humor.

—¿Pusiste el guiso a tiempo? —preguntó.

—Lo siento, tuve que quedarme un poco más en la escuela, así que llegué tarde —mentí—. Es el último día del trimestre, ya sabes, pero lo puse a y cuarto.

Suspiró.

—Oh, bueno, no me importaría sentarme y tomar una taza de té antes de cenar. El viaje hasta casa ha sido terrible. Cada vez hay más tráfico. Hace años, Charles y yo solíamos ir y venir en bicicleta al trabajo y nos llevaba menos tiempo que el que tardamos ahora en coche. No sé por qué es siempre peor los viernes.

—Supongo que porque la gente se va a casa el fin de semana —dijo Charles mansamente.

Su mujer le lanzó una mirada incendiaria, pero Charles estaba acostumbrado a ellas y se limitó a sonreír. Marion no lo hacía adrede. Tras su aspecto severo, era muy buena y tenía arranques de auténtica ternura. Aunque quizá no quisiera tanto a mi tía como a Charles, el amor no me había faltado durante los años que había pasado en la casa de Aintree.

—¿Hay té hecho? —preguntó ahora Marion.

—Bueno, el agua del calentador ha hervido. Siéntate un minuto y lo haré.

Cuando entré en la salita con la bandeja del té, Charles y Marion estaban hablando de mi madre.

Charles me miró.

—Alguien en el trabajo habló de su liberación. No sabían que era su hermano. Llamé a Catherine Burns y ella me dijo que ya lo sabías.

—Una compañera lo leyó en el periódico en la sala de profesores.

—Supongo que fue una impresión terrible —comentó Marion amablemente.

—Aún me siento atontada. No puedo imaginármela cerca... Mi propia madre...

Marion dijo rápidamente:

—No querrá venir a vivir aquí. Tu madre y yo nunca nos llevamos bien.

Charles pareció entristecido.

—No tiene ningún otro lugar adonde ir, querida.

—Estoy segura de que encontrará algún sitio —replicó Marion amargamente—. Amy hacía amigos con mucha facilidad.

—Creo que debería vivir con nosotros mientras encuentra algo, Marion. —Charles se cruzó de brazos y apretó los labios—. Pearl

y yo somos los únicos parientes que tiene en este país. Jacky y Bidy viven las dos en Canadá.

Jacky y Bidy eran las hermanas de mi madre. Lo único que recordaba de ellas era que tenían el pelo rubio y abundante y los ojos azules, como mi madre; pero no eran tan bonitas. Las dos se habían casado y tenían familia. A menudo escribían a Charles y mandaban tarjetas en Navidad con fotografías de los primos que probablemente nunca conocería.

—¿Sabes cuándo sale? —pregunté. No había ojeado el periódico. Quizá debería haberlo hecho. Acaso verlo en blanco y negro me hubiera convencido de que era verdad. En aquel instante no estaba segura de creérmelo.

—Compré yo mismo el periódico. Decía sólo que la liberación sería pronto. Puede ser dentro de unos días, semanas... o incluso meses —repuso Charles—. Estoy seguro de que me escribirá y me dirá cuándo va a ser. Si es necesario, pediré el día libre para ir a recogerla.

Charles miró a Marion, que no dijo nada, pero el ceño perpetuo de su rostro se intensificó.

Después de cenar salí para encontrarme con Trish. Vimos *Si quieres ser millonario...* pero no tenía sentido. No era culpa de la película, sino mía. No podía concentrarme. Ni estaba escuchando, según me dijo Trish cuando fuimos a tomar un café después.

—Estás a kilómetros de aquí, Pearl. ¿Pasa algo?

—No.

Charles me había hecho prometer que nunca le hablaría a nadie de mi madre, por muy amigo que fuera. «Son asuntos privados», había dicho, «y prefiero que sigan así. No quiero que me conozcan como el hombre cuya hermana asesinó a su marido. Para ti sería incluso peor, Pearl. Es tu madre. Habría gente que te miraría como a un bicho raro».

Así que nadie sabía mi verdadero nombre, ni la verdad sobre mi familia. Rara vez me preguntaba alguien por qué vivía con mis tíos en lugar de con mis padres. Si lo hacían, me encogía de hombros y contestaba que mis padres habían muerto.

Cuando llegué a casa, Charles y Marion estaban viendo las noticias de las diez. Charles alzó la vista y dijo:

—No han hablado de ello.

Me limité a asentir y me fui a la cama, rechazando una bebida caliente. De pronto, deseaba estar sola. En algún momento muy cercano iba a ver a mi madre por primera vez en veinte años. Pero no quería. La verdad es que no quería. ¿Esperaría mi madre que la besara? ¿Que la abrazara? ¿Que le dijera que la quería y que la había echado de menos? No le había escrito una sola carta, más que nada porque no sabía qué decir.

Charles enviaba tarjetas en los momentos adecuados firmadas: «De Charles, Marion y Pearl, con nuestro mayor afecto». Esto le molestaba a Marion.

—¿Cómo te atreves a mandar mi mayor afecto? —preguntó una vez.

—Pensé que podrías dedicar un poco de afecto a alguien que está en la situación de Amy —había dicho Charles—. Al fin y al cabo tienes contigo a su hija.

—No pensaría que podría tener a Pearl en la cárcel. —Marion echó la cabeza hacia atrás, pero no puso ninguna objeción cuando Charles metió la tarjeta en un sobre y le puso un sello.

No podían tener hijos. La pérdida de mi madre había sido su ganancia.

Dos semanas más tarde, el día en que yo volvía a la escuela tras las vacaciones de Pascua, Charles recibió una carta de mi madre en la que le decía que estaba a punto de salir de la cárcel y que la iba a recoger una amiga con la que se quedaría una temporada. «Tengo cosas que hacer las próximas semanas», escribió, «pero te veré en cuanto pueda».

—Típico —dijo Marion con un suspiro—. Sólo espero que no venga aquí y empiece a llamarte Charlie de nuevo.